

con una dialéctica tan sutil, que los redujo al silencio, mientras vivió. Hay costumbre de tener á Karneades por un charlatan, á pesar de los elogios de Ciceron, que perteneció á su escuela, y se dá en general poca importancia al estudio profundo de esta cuestion capital para la historia de las ideas en Roma. Karneades era un hombre eminente que prestó á los romanos el gran servicio de iniciarlos en una vida intelectual para ellos desconocida. Nosotros no comprendemos los anatemas que los modernos arrojan sobre esta entrada en escena de la filosofía griega en Roma. ¿Es preferible acaso que el conquistador del mundo hubiera conservado la ruda cultura que preconizaba Caton? Entónces la civilizacion se hubiera retardado indefinidamente.

Verdad es que todo lo antiguo se disolvió para transformarse. El lujo, los objetos de arte, los muelles hábitos del Oriente, invadieron á Roma, y las austeras costumbres del pasado desaparecieron; es verdad que al desaparecer prepararon la decadencia de Roma; pero si para la ciudad conquistadora este fué un grave mal, no lo fué para el mundo, porque solo así fueron posibles el imperio y el cristianismo, los dos factores de más importancia que haya tenido la civilizacion humana. Los griegos, cosmopolitas, escépticos, refinados, habian adquirido esas ideas y tendencias humanitarias que fueron extendiendo sus impalpables gérmenes sobre el mundo y prepararon el advenimiento de la sociedad nueva. El eclipse de los grandes astros del mundo antiguo, arunciaba la próxima venida del sol.

LA REVOLUCION.—Más que en la filosofía cuyos discípulos fueron siempre, en Roma, desde Ciceron hasta Marco Aurelio, hombres con quienes se honrarán siempre los anales de la

dignidad de nuestra especie, la causa de lo que iba á suceder, debe buscarse en el resultado total de la conquista. Con ó sin las doctrinas del placer, autorizadas por Epikuros y cantadas en un poema inmortal por Lucrecio, los romanos hartos de botin y señores absolutos del mundo habrían caído en el estado que hizo no solo posible, sino necesario el eclipse de esa fiera libertad aristocrática, que habia arrebatado la libertad á las naciones sometidas y que puso el puñal en la mano de Bruto.

De esta situacion crítica tenian clara y perfecta conciencia los romanos y un historiador apenas posterior de un siglo á este período, Salustio, resume en estos términos, poco más ó menos, su carácter: "Roma estaba dividida; los grandes de un lado, del otro el pueblo y en medio la república destrozada, la libertad en agonía. La faccion de los nobles venia; el tesoro, las provincias, las magistraturas, los triunfos, eran suyos, suyas todas las variedades de la gloria y de la riqueza. Sin union y sin fuerza, era el pueblo una multitud impotente, diezmada por la miseria y por la guerra. Porque mientras en lejanas tierras combatian los legionarios, sus hijos se veian arrojados de sus hogares, por sus poderosos vecinos. La necesidad de la dominacion y una insaciable codicia lo invadieron todo, todo lo profanaron hasta el dia en que la nobleza se precipitó á sí misma."

Los romanos no solo conocieron el mal sino que intentaron unos ponerle remedio, volviendo á la república hácia el camino de las antiguas virtudes (el gran representante de esta tendencia fué Caton el mayor), y otros, conciliando el viejo y el nuevo espíritu, haciendo á la sociedad romana igualmente virtuosa y culta. El *Africano* acometió esta empresa. Las reformas conserva-

doras de Caton, sus austeras disposiciones contra el relajamiento de las costumbres, su implacable critica de las nuevas ideas y hábitos, sus medidas sunuarias sus rudos consejos, su odio por los extranjeros que podian servir de obstáculo á su país, odio que tomó á veces un carácter repugnante, como respecto de Carthago, hicieron de este hombre singular una resurreccion de los primeros tiempos de Roma. Durante su censura fué cuando más desplegó estas cualidades y al mismo tiempo una rectitud natural de espíritu, que le hizo poner del lado de los vencidos, como los rodios ó de los proscritos como Polibio y sus compañeros, contra los mezquinos intereses del Senado. Sin embargo despues de detener por algun tiempo el torrente invasor del helenismo, los principios de su grosera moral utilitaria, lo llevaron en su ancianidad á cometer imperdonables faltas: la corriente habia acabado por arrastrarlo. Scipion quiso guiar esa corriente, pero herido profundamente en su orgullo y perseguido por el feroz encono de Caton se retiró al destierro lanzando un anatema sobre su patria. En una palabra, Caton venció al representante del helenismo, pero el helenismo venció al fin.

Lo grave era que mientras tamaña transformacion se verificaba en la ciudad, el problema social adquiria gigantescas proporciones. Los ricos habian aglomerado casi toda la propiedad territorial en sus manos; los pequeños propietarios y con ellos las clases medias que son la base más sólida de los gobiernos libres habian desaparecido. Los propietarios libres convertidos en desheredados corrian á aumentar la tumultuosa plebe de Roma, ó yacian en los campos de batalla ó se fijaban en los países conquistados. La Italia des-poblada, quedó sin cultivo una parte y

la otra cultivada por esclavos venidos de todas partes del mundo y que formaban una poblacion abyecta é inmensa, pues habia propietario que tenia 20,000 esclavos, dentro de la Italia. El cultivo decaia, los vicios monstruosos que son el séquito obligado de la esclavitud, lo corrompian, lo podrian todo y ponian en grave peligro no solo el porvenir sino el presente de la república.

Las gravísimas rebeliones de esclavos en Sicilia y en algunos puntos de la Italia, habian hecho palpable la intensidad del mal. En este estado las cosas aparecieron los Gracos.

Los Gracos.—Hijos de Sempronius Gracchus, el célebre pacificador de España y de Cornelia, hija de Scipion el africano; educados por griegos en aquella noble familia en donde era tradicional la union de una cultura refinada y de una gran ambicion de gloria, Tiberio y Cayo, desde el momento que comprendieron la verdadera situacion de su patria, cifraron todas sus esperanzas de celebridad en obtener un puesto de primer orden en las luchas interiores, ya que la guerra exterior habia cesado, con la conquista del mundo, de ofrecer un campo á otra ambicion que la del lucro, por medio de la expoliacion sistemática de las provincias.—Tiberio habia tenido en su vida militar hechos gloriosos y puntos oscuros, pero la popularidad de su familia fué siempre superior á sus faltas. Lleno de grandes ideas y de nobles aspiraciones, este hombre dulce y audáz á la vez, obtuvo el tribunado el año de 133 a. J. C. La empresa que iba á acometer era inmensa.

Para favorecer al pueblo de un modo positivo era preciso remediar muchos abusos: los del senado, instrumento exclusivo de la faccion de los grandes (*optimates*) que se habia abrogado exclusivamente las cuestiones exteriores

y el manejo de las provincias, maltratadas sin piedad por los dependientes del gobierno de Roma: los de los *caballeros*, es decir, de los ricos cuya mayoría no formaba parte del senado, ni de la nobleza, pero que por medió del dinero habían constituido una aristocracia temible, que vivía en Roma de la usura y del cohecho y que arrendaba el impuesto de las provincias para expoliarlas implacablemente por medio de los publicanos; los del cuerpo electoral, pues que tanto en el voto de las centurias como en el de las tribus, tan favorable á la influencia popular en teoría, dominaban por completo nobles y caballeros unidos. Efectivamente, contándose los votos en las centurias y en las tribus, no por el número de votantes, sino por centuria ó por tribu y teniendo asignada cada una de estas fracciones del cuerpo electoral, una cantidad igual del impuesto, resultaba que pocos nobles ó caballeros bastaban para llenar una centuria ó una tribu, en la que podía caber un número crecido de plebeyos; así era dueña la aristocracia, á pesar de ser la minoría, del mayor número de sufragios en los comicios.

Es verdad que el pueblo obtenia algunos triunfos, sobre todo, en las asambleas llamadas *conciones*, especies de *meetings* en que hasta los que no eran ciudadanos tenían derecho á votar; mas sus triunfos legales venian de su alianza con una de las dos clases altas en pugna con la otra ó del miedo de ambas á una agitación de las masas. Pero la gran cuestion era la de la extincion del proletariado rural. El cultivo en manos de esclavos, los campos convertidos en pastos, el pequeño propietario incapaz de hacer concurrencia á los grandes propietarios ni á los productos que venian del extranjero, abandonando sus campos y refugiándose en el Lacio en busca del derecho lati-

no, y si era latino en Roma, en donde entraba vendiéndose simuladamente á un ciudadano que lo emancipaba despues, por lo que la ciudad reina estaba inundada de libertos, en resumen, un corazon en donde se habia concentrado tumultuosamente la vida y un cuerpo gangrenado, sin circulacion, hé aquí el espectáculo que Tiberio tenia á la vista. A este mal quiso acudir desde luego; aconsejado por algunos grandes como Scevola, como Appius, su suegro, se propuso crear de nuevo la propiedad media para restituir al estado su equilibrio y á la República sus virtudes y propuso una ley agraria.

Segun ella, las tierras comunales debian volver al dominio del Estado, sin dejar en poder de cada ocupante más de 126 hectaras y la mitad para cada uno de sus hijos, sin que el total pudiese pasar de 252 hectaras; se ofrecia sanear de un modo absoluto la propiedad conservada á los actuales detentadores y parece que se les ofrecia tambien una justa indemnizacion por los edificios, mejoras, etc. Las tierras vueltas así al dominio del Estado debian ser divididas en lotes y repartidas entre los ciudadanos y aliados itálicos, no á título de propietarios, sino en arrendamiento perpétuo y hereditario (enfiteusis) comprometiéndose el poseedor á cultivarlas y á pagar una módica renta al tesoro. Se nombró una comision, un triunvirato para ejecutar la ley una vez aprobada.

Los nobles pusieron el grito en el cielo; en parte tenían razon. Aquellos antiguos dominios del Estado ya no estaban en poder de sus primeros ocupantes, sino que por medio de contratos onerosos de toda especie habian pasado de mano en mano y podia decirse que el sello de la propiedad pública se habia borrado: si á esto se agrega el carácter hasta cierto punto precario

de la propiedad creada por la nueva ley, se palpaban sus defectos y los motivos de su ineficacia relativa. Los nobles, despues de varias tentativas pacíficas, declararon abiertamente la guerra al tribuno. Hicieron que Octavio, uno de sus colegas, interpusiera su veto á la *rogacion*, que no pudo ser votada. Tiberio se vengó suspendiendo todos los negocios públicos, y por fin, saliendo por completo del terreno legal, hizo que el pueblo depusiera á su colega, que estuvo á punto de ser asesinado, y la ley agraria fué votada por aclamacion. El triunvirato fué compuesto de Tiberio, Appius su suegro, y su hermano Cayo, que apenas contaba veinte años. Empezó á funcionar, á pesar de los obstáculos que le fueron suscitados y de los disgustos que los enviados del triunvirato causaron por donde quiera; el censo marcó, poco despues, un aumento de 80000 ciudadanos; aquel era un principio de creacion de una clase media.

El jóven tribuno no podia hacerse ilusiones. Sabia que si los nobles soportaban la ley, estaban resueltos á no perdonar á su autor, y pensaba en el momento en que dejase su encargo. Necesitaba á toda costa asegurarse la proteccion del pueblo, y como todos los revolucionarios, entró de lleno en el camino de las adulaciones, como la de hacer que se repartiese entre los plebeyos el tesoro de Attalo, arrebatando al Senado su dominio exclusivo en los negocios exteriores. La zopa estaba colmada; sordos rumores presagiaban la tempestad, y el tribuno nunca salia de su casa sino escoltado por tres ó cuatro mil hombres. Llegó el fin del período del tribuno, que dando un paso más en la senda revolucionaria, quiso ser reelecto: sus enemigos lograron suspender los primeros comicios, y en los segundos maniobraron de tal modo,

que en medio de un gran tumulto, se disolvió la asamblea, se propalaron en la ciudad rumores de que Tiberio queria hacerse monarca, y uno de sus parientes, *Scipion Nasica*, arrastrando en pos suya algunos senadores, despues de haber solicitado en vano la intervencion del cónsul Scévola, corrió al lugar en que se hallaba Tiberio, que fué muerto miserablemente al pié de las estatuas de los reyes.

La reaccion respecto de Tiberio fué violenta, pero nadie se atrevió á tocar á la ley agraria, á la ley *Sempronia*, como se decia en el idioma oficial. Y Cayo, Carbon, Flacco, los hombres más violentos del partido reformista, siguieron formando parte de la comision. Los terrenos públicos fueron poco á poco agotados y los repartidores empezaron á dividir y adjudicar los terrenos concedidos á las ciudades aliadas, sobre todo, á las latinas. Es verdad que el Estado se habia reservado la propiedad de estas tierras, y en rigor, la obra de la comision era legal, pero era injusta respecto de aquellas ciudades que eran el apoyo de Roma. El partido moderado, á cuyo frente se hallaba un hombre de gran capacidad y de gran virtud, *Scipion Emiliano*, tomó por su cuenta la defensa de los latinos. Scipion estaba ausente de Roma cuando su cuñado Tiberio habia promovido la revolucion y á su vuelta la habia condenado enérgicamente. Gracias á su influencia se disminuyeron las facultades de los comisionados, y un plebiscito sometió á los cónsules las resoluciones contentiosas que surgieran en los repartimientos, lo que era paralizar los trabajos del triunvirato. El partido reformista, y sobre todo, la familia de los Gracos, que habia hecho de la causa de la revolucion un asunto doméstico casi, se propuso separar aquel obstáculo, y cuando Scipion se proponia hacer pa-